

La Señorita Nilda

LEER
POR
PLACER

Recuerdo muy bien a la señorita Nilda. El día que llegó a la escuela estaba vestida con su traje de cuadros y tenía puestos sus grandes lentes. Era el primer día de clases. Entró con una sonrisa y se presentó. Tenía una voz de niña que no coincidía con su traje de cuadros. Para mí, esta señorita no era la que esperábamos. Aquel día, todos los niños nos quedamos perplejos y dijimos:

– ¡Qué rara!

A poco de entrar abrió la mochila y sacó, con mucho cuidado, su clarinete. Comenzó a sonar y, al instante, las notas de su canción llenaron la clase. Recuerdo cómo todos escuchamos la melodía, hasta que nos dimos cuenta de que una bandada de pajaritos estaba tras la ventana, silbando las mismas notas que nacían de aquel instrumento. También recuerdo su perfume llenándolo todo.

Nunca creí que la señorita Nilda fuese extraña. Para mí no era rara, era muy especial, encantadora y risueña, y todo era magia cuando pronunciaba alguna palabra. Un día nos contó que vivía con un elefante, que era su mascota. Desde entonces, no pude dejar de imaginar a aquella mujer con su elegante traje a cuadros, sus grandes lentes y su elefante gigante, feliz al escucharla tocar su clarinete, exactamente igual que los pájaros y que nosotros, que habíamos quedado hipnotizados por aquella música.

Quedaba un día para volver a clase y los nervios estrujaban mi estómago de emoción. ¿Volvería la señorita Nilda a clase? ¿Estarían todos mis compañeros? Estaba convencido de que ella entraría, nuevamente al aula, vestida con su traje de cuadros, sus grandes lentes y que, finalmente, conoceríamos a su elefante.

